

marques, ofreció dar pronto una respuesta decisiva.

En seguida se presentó una embajada de Ricardo, en que venía un anciano de más de cien años de edad. « Mi rey (dijo el enviado) te invoca por juez entre él y tu hermano, á quien prometiste los países del litoral. Debemos absolutamente conservar á Jerusalem; pero haz la division de manera que ni á ti entre los musulmanes ni á mí entre los Francos resulte el mismo deshonor. » Saladino respondió al enviado con magníficas promesas é invitándole á tener otra entrevista; pero luego hizo averiguar en secreto cómo tratarían á los prisioneros, pues él quería, dijo, una paz que abrazara todos los puntos pendientes y los allanase. Todo esto, sin embargo, no era más que un ardid diplomático, porque Saladino no pensaba seriamente en la paz. Cuando se marcharon los enviados, dijo á Behaeddin: « No estamos seguros de la paz por parte de ellos, y si yo muriese, no volverían á reunirse ejércitos como los actuales, y los Francos adquirirían nuevas fuerzas; es, por lo tanto, preferible continuar la guerra santa hasta que limpieemos de ellos las costas marítimas. » Al siguiente día reunió á los príncipes y á los magnates para deliberar acerca de las proposiciones del marques y del rey, y ver cuáles debían oírse á fin de fundar una paz duradera. Propone el rey ceder á los musulmanes el país montañoso, ó hacer una division igual de las ciudades, de los mercados y de las aldeas. Ofrecía el marques reunir las fuerzas de ambas partes en una alianza ofensiva y defensiva. Los consejeros opinaron que debía preferirse la paz con el rey, toda vez que la union de musulmanes y Cristianos en un campo comun era un peligroso principio. Circularon entónces voces de paz y se pusieron en movimiento negociadores. La base de la paz propuesta por Ricardo era siempre el matrimonio de su hermana, ó si esta no accedía, de su sobrina con Melik Aadil. Entre tanto este salía de tiempo en tiempo á caballo con el príncipe de Sidon, embajador del marques, y de este modo los enviados de Ricardo instaban por la conclusion de los negocios, tanto más cuanto mayor era su temor de que Saladino se ligase con el marques.

Entretanto (1192) se presentó un enviado del emperador de Constantinopla que quería negociar con Saladino paz y amistad, poco más ó menos bajo las mismas condiciones de Ricardo y el marques de Tiro. Á los dos días fué despedido el embajador, y le acompañó el Egipcio Ignol Bésas, enviado por Saladino con la comision de desechar aquellas proposiciones, y de decir particularmente que el rey de Georgia había ofrecido ya por la santa Cruz 200,000 zequies. Rotas por entónces las negociaciones, seguían las cosas de la guerra, y el sultan continuó con mayor celo la defensa de Jerusalem. Hizo romper el agua en torno de la ciudad, y cegar los pozos, enviando á todos lados por refuerzos.

Los reyes de Francia é Inglaterra estaban discordes en cuanto á emprender ó no el sitio de Jerusalem: los Franceses insistían en que sí, diciendo que solo á causa de Jerusalem habían abandonado su patria; los Ingleses oponían á esto, que las aguas estaban corrompidas y los pozos cegados: replicaban los primeros que el Rio Tekia distante de la ciudad una parasanga, daba agua suficiente; pero Ricardo demostró la imposibilidad de tomar de allí agua á vista de la guarnicion. No pudiendo convenirse, se cometi6 la decision á un tribunal de tres árbitros, escogidos entre doce sacados á la suerte de otros trescientos. Aquellos se declararon por la retirada, y en el mero hecho de alejarse de Jerusalem el ejército cristiano, se renovaron las negociaciones de paz. Primero (22 de mayo) un enviado del conde Enrique de Acca pidió la entrega de todos los países marítimos que le cedía el rey de Inglaterra; pero habiéndose irritado Saladino con esta proposicion hasta el punto de faltar poco para prenderle, añadió que el conde agradecería á Saladino lo que tuviese á bien darle de aquellas posesiones. Á los dos días se le despidió con la respuesta de que respecto á Acca y á Tiro, él y el marques celebrarían iguales tratados. Por medio de Agi Yusuf, amigo del ministro Mesestub, se contestó: « Que el sultan quería ajustar paces con el conde Enrique, teniendo la posesion de Acca y libre mano en el tratado que debía concluirse con el rey de Inglaterra. »

Volvió (agosto) el enviado inglés pidiendo que las ciudades de Jafa, Ascalon y Darum se cediesen sin ser desmanteladas. Reunido el consejo se insistió en las antedichas condiciones; pero concediendo al rey la posesion de Lidda por los gastos hechos en fortificar á Ascalon. Agi Yusuf volvió solo con el ultimátum del rey, expresando que no podía quitar una piedra de Ascalon; oído lo cual por Saladino, pensó de nuevo en la guerra.

El 28 de julio dió principio al asedio de Jafa. Peleóse tres días con grande obstinacion; los sitiados, cuyo valor admira el mismo historiador Behaeddin, no cerraron las puertas, supliendo con sus pechos los baluartes y los muros derribados por los minadores. Pero cuando la muralla se desmoronó en toda su longitud, y el ejército se avalanzó furioso, la ciudad pidió capitular. Saladino estableció como condicion el cambio de jinete por jinete, y soldado de á pié por soldado de á pié. Los diputados suplicaron se suspendiese el saqueo hasta su vuelta; pero Saladino contestó, que se retirase la guarnicion al castillo, pues no podía demorar por más tiempo el saqueo de la ciudad. « Mientras que en el consejo de Saladino se discutía si debería ofrecerse capitulacion al castillo, ó tomarlo á viva fuerza, se presentó delante de Jafa la escuadra de los Cruzados, que en cuanto supo lo del asedio acudió desde Beiruth. Behaeddin, á quien Saladino había concedido que notificase á la guar-

nicion su pronta salida del castillo, no pudo cumplir este encargo por la intempestiva humanidad de Yordik, el cual no quiso que la guarnicion dejase el castillo ántes que se concluyese el saqueo, temiendo una desgracia. Behaeddin y Melik Aadil escoltaron á cuarenta individuos que habían salido de la fortaleza, creyendo pequeña la escuadra (esta llegó por la noche) é insuficientes las tropas que trajese á bordo para libertar el castillo; mas en cuanto vieron que consistía en treinta y cinco velas, el resto de la guarnicion lejos de marcharse, se arrojó sobre los musulmanes esparcidos por la ciudad y los expulsó.

Melik Aadil envió á Behaeddin con la noticia á su hermano. Inmediatamente el timbal puso en movimiento á las tropas, que, penetrando en la ciudad, encerraron la guarnicion en el castillo. El patriarca y el castellano acudieron á excusarse de lo ocurrido; pero Ricardo entre tanto había desembarcado las tropas, no habiéndose hecho ántes por el error en que estaba de que los musulmanes tenían también el castillo.

Vinieron enviados ingleses en busca de fruta fresca y helados para su señor, el cual estaba indispuerto y deseaba comer peras y melocotones. Saladino condescendió gustoso con su deseo, y Ricardo le dió gracias por medio de un enviado acompañado de Abubekr, negociador favorito. Este dijo que Ricardo le había encargado en confianza tratase de obtener del sultan la paz, valiéndose de Melik Aadil; y que si no podía lograr la cesion de Ascalon, le indujese á lo menos á compensar lo gastado en las fortificaciones. Saladino los envió á ver á Melik Aadil, y con ellos uno de sus servidores de confianza, para que dijese de su parte á Aadil que si el rey desistía de Ascalon, ajustase las paces. En seguida se presentaron cinco Ingleses, á cuyo frente iba enviado Habat con la declaracion de que el rey, deseando sinceramente la paz, no solo desistía de Ascalon, sino hasta de la compensacion de los gastos. Saladino volvió á mandar á Bedreddin Duldurin, comandante de la vanguardia, con esta respuesta: « Ha reunido el sultan su ejército, y no puede entrar en plática con el enviado » ántes de estar seguro que no se retirarán las proposiciones hechas anteriormente. » Bedreddin envió á decir que se había asegurado de la fidelidad de la palabra del rey, y que los países se distribuirían segun lo convenido con Melik Aadil. Entónces Saladino reunió el divan, donde determinó las ciudades y los lugares que debían cedérsele en los países ocupados por los enemigos: del territorio de Jafa, á Ramla, Jafna y Mesedel; del de Cesarea, á Arsuf y Aifa; del de Acca, á Nazaret y Safuria. El emir Tarantai, que fué á ver al rey de parte de Saladino, dijo á su vuelta que Ricardo había negado al principio la renuncia de la compensacion por lo gastado en las fortificaciones, pero que declarando unánimes su certeza los que la

oyeron en union de Bedreddin, tuvo que conformarse. Aquella misma noche el historiador Behaeddin escribió en limpio los artículos y al día siguiente, que era un miércoles (2 de setiembre), se firmaron. Dejose además á los Cristianos á Ramla y Lidda; se estableció que el desmantelamiento de Ascalon se efectuase por medio de trabajadores de ambas partes; los príncipes de Antioquia y de Tripoli fueron comprendidos en la paz. Al otro día se juraron solemnemente los artículos por los emires y por los jefes cristianos. Por parte de estos, juraron el conde Enrique, sobrino de Ricardo, Balian, príncipe de Tiberiade, los Hospitalarios, los Templarios y los demás capitanes; por parte de Saladino, su hermano Melik Aadil, sus hijos Esdal y Dahir, su nieto Melik Mansur, los emires Mesestub y Bedreddin, hijo de Mocaddem, señor de Seheiser, y otros. Ricardo y Saladino, en vez del juramento, los confirmaron con su palabra y dándose las manos. Las fortificaciones de Acca se demolieron; Cristianos y musulmanes se abrazaron como amigos; se dió segura escolta á los peregrinos para ir á Jerusalem, y aunque Ricardo no mirase con buenos ojos su aglomeracion y hasta pretendiese que Saladino rechazara las turbas, el sultan los acogió de la manera más hospitalaria, y se excusó con el rey diciendo que la santidad del lugar no le permitía alejar á los que iban á él en peregrinacion. Él tenía también intencion formal de ir á la Meca y el día en que se dejó libre á los Cristianos la peregrinacion á Jerusalem, invitó públicamente á todos los que deseasen acompañarle á la Meca, para que registraran su nombre y poder así proveer á sus necesidades en vestidos, víveres y todo.

Opúsose á su proyecto de peregrinacion á la Meca el deseo de ir á Egipto; pero ni aun pudo satisfacer este. Dejó al historiador Behaeddin para que concluyese la fábrica empezada en Jerusalem de un hospital y de una escuela superior; encargó al emir Iseddin Yordik el gobierno de la ciudad, y él marchó á Damasco, que se alegró de volver á ver, despues de tanto tiempo, á su amado soberano. Salió á recibir, mientras cazaba, á su hermano Melik Aadil que, despues de visitar los países á orillas del Eufrates, volvía á Damasco; y pasó algunas semanas con él y con sus hijos en la diversion de la caza. Al recibir una embajada de los Francos, Amir, su hijo más pequeño, asustado por la insólita aparicion de los enviados extranjeros y de sus trajes, rompió en un fuerte llanto. El amor de padre pudo más que las formas diplomáticas; se excusó por aquel día, y despidió al embajador sin oírle. Despues se puso á comer arroz con leche, pero con poca gana, y desde aquel día le empezó la enfermedad de que no tardó en sucumbir. La noche ántes de su muerte, el príncipe Efdal, su hijo mayor, hizo jurar á los emires fidelidad á Saladino mientras viviese, y despues de muerto, á

su hijo y heredero Efdal. En la noche del 2 al 3 de marzo de 1193, el jeque Ebu-Grafer le leyó el Corán: estaba adormecido; pero cuando el lector llegó al pasaje: « Él es Dios; no hay » mas Dios que Él; Él sabe lo que está oculto » y lo que no lo está, » despertó Saladino de su mortal letargo y dijo: *Ciertamente*. Esta fué su última palabra; y al amanecer, conforme al texto del Corán: *¿No está cerca la mañana?* se durmió en el Señor. El día mismo, poco antes de la oración de la tarde, fué enterrado en el jardín de su palacio.

En su tesoro se encontraron únicamente veintisiete monedas cristianas de plata y un zequí de Tiro; habíalo agotado no solo con los continuos armamentos militares, sino también con su generosidad. Príncipe justo, como Noradino, que erigió en Damasco el tribunal; mas grande que aquel por la extensión de sus conquistas y por la superioridad de su política; no solo superior con mucho al bárbaro Ricardo Corazón de León, sino el mas ilustre de todos los musulmanes de que hace mención la historia de los Cruzados, y en nuestro dictamen, el mas generoso, tolerante, humano, y noble entre los príncipes que en dicha historia figuran. Su vida entera consistió en realizar la idea de su nombre Saladino, esto es, *bien de la religion*.

Pero este nombre estaría privado del hermosísimo brillo con que resplandece desde la tenebrosa edad média hasta nuestros días, si Saladino se hubiese dedicado á promover el bien de la religion tan solo por medio de sangrientos combates en el campo de batalla y no con el fomento de la ciencia. Esta *segunda guerra santa* que, segun la tradicion del islamismo, se llama la *mayor*, mientras que la *menor* es la que se da en el campo, no la sostuvo, á decir verdad, en persona como su gran predecesor Noradino; pero, ya por su propio impulso, ya movido por el ejemplo de este y de otros califas, Saladino protegió del modo mas eficaz las ciencias con la fundación de escuelas y academias, con el favor concedido á los juristas, á los filólogos, á los médicos y á los poetas. Por la relacion que antecede se conoce ya bastante á los dos Surverdi, Nedylbeddin, el piadoso jeque que escribió el manual de los príncipes, y el filósofo Yahia, cuya ejecución empaña la gloria de Saladino. Nos resta solo dar á conocer los demas grandes eruditos y poetas, cuya gloria, bañada de luz por el reino de Saladino, refleja sobre este nuevo esplendor.

Á la cabeza de estos doctos personajes que eran al mismo tiempo hombres de Estado, figura el visir Abderrahim el-Askelani, apellidado Misri, porque habiendo nacido en Ascalon, estableció su residencia en el Cáiro; llevaba el doble título de *juez excelente* y de *restaurador de la religion*, y á causa de su doctrina, como lo testimonia el Plutarco árabe Ibn Callikian, fué sumamente apreciado por Saladino. El secre-

tario de Estado Omadeddin le elogia mucho, llamándole *señor de la pluma y de la explicacion*, y añade que oscureció á todos los predecesores, venciendo á Ibn Cais en elocuencia y á Hatín Tai en generosidad. Ibn Callikian, que visitó repetidas veces su sepulcro en el Cáiro, y trascribió del mármol la fecha de su muerte, ofrece un ensayo de su estilo epistolar y de sus versos. Askelani habia fundado una escuela superior en el Cáiro, provincia de Mologuidya, donde él mismo dió la primera lección. Otro visir de Saladino, gran literato, fué Kemaleddin de Schersor, secretario de Estado de Noradino, á quien el califa Moadadi habia enviado en calidad de embajador á Kilidye Arslan y á Saladino; este, cuando subió al trono, le nombró secretario de Estado. Kemaleddin buscó su gloria, no tanto en los versos cuanto en las fundaciones piadosas que dejó en Mosul, su patria, en Nisibi y en Damasco.

Ninguna de las fundaciones del segundo visir Kemaleddin de Schersor fué tan famosa como la de la *medresé* del primer visir Abderrahim de Ascalon. Á esta *medresé* legó por testamento su biblioteca de cien mil volúmenes, formada con los restos de la gran biblioteca de los califas, despues del incendio y el saqueo, la mayor y mas numerosa de otras doce bibliotecas, que en el curso de dos siglos fueron fundadas en el Cáiro en otras tantas *medresés*, bajo el dominio de los sultanes mamelucos. Todas, comprendida la de la mezquita Esher, esto es, la floridísima, han desaparecido, como las siete bibliotecas públicas de Andalucía.

La historia cuenta pocas pérdidas que las ciencias hayan experimentado por la ruina de bibliotecas, mayores que la de las bibliotecas de Alejandría á manos de los Árabes, de Bagdad á manos de los Mogoles, de Constantinopla y de Trípoli á manos de los Cruzados, y de Matías Corvino en Buda, debida á los Otomanos. Algunas de estas devastaciones pueden considerarse en verdad como represalias de otras anteriores; así el incendio de la biblioteca árabe de Trípoli, de increíble riqueza, fué para vengar el de la de Alejandría; si Soliman el legislador arrastró los mas preciosos manuscritos de la biblioteca de Matías Corvino al tesoro del serallo, Marsilli, en la reconquista de Buda por los Austríacos, saqueó la biblioteca de la mezquita mayor, y la legó á Bolonia, su patria, donde hace siglo y medio yace como un tesoro inútil. Y vese igual represalia en el destino de la biblioteca de cien mil volúmenes del gran visir Ahmed Castellani, formada con los restos de la de los califas; y el modo de destruirla, segun ha notado Macrisi, fué singular y desconocido hasta entónces. Ciento cuarenta años despues de su fundación, el año del hambre, se diseminó por todas partes; pues los estudiantes, autorizados por el sultan Ketboga, vendieron los libros para comprar pan; hasta el punto de que cuando escribia Macrisi (á principios del siglo xv), de los cien mil volúmenes

solo quedaban unos pocos, entre ellos un gran Corán en caracteres cúficos, que pasaba por el de Osman. La biblioteca mas rica y mejor conservada en tiempo de Macrisi era la de la *medresé* Mahamudyet, cuya conservación, como este escritor observa, se debió principalmente á la prudencia de su fundador, que prohibió se sacasen los libros de la *medresé*, no usándolos sino los que estudiaban en ella.

Á los dos visiris Askelani y Schersori se oponen como secretarios de Estado dos eruditísimos biógrafos de Saladino, Behaeddin y Omadeddin. Yusuf Ibn Scheddad Behaeddin, tantas veces mencionado en el curso de esta biografía, como testigo ocular de las hazañas de Saladino que refiere, schafítico doctor de la ley, se hizo célebre, primero por la instruccion de la escuela superior de Nasiridyet, y luego por su obra titulada *Asilo del capitan en el fundamento de las leyes*. Al ir á salir en peregrinación á Jerusalén y á la Meca, fué invitado en Damasco á ir á su castillo por Saladino, quien le habló sobre objetos científicos, y cuando partió, envió para que le acompañase al secretario de Estado Omadeddin, convidándole de nuevo á que le visitase á su vuelta de Jerusalén y Ebron. En esta peregrinación Behaeddin escribió sobre el mérito de la guerra santa treinta cuadernos, con los cuales se presentó en Mosul á Saladino, y entró á su servicio. Dirigió su *medresé* de Mosul y acompañó al sultan en sus expediciones, quien le empleó como negociador. Á la muerte de Saladino, obtuvo el puesto de juez en Alepo, que conservó mientras disfrutó de vida. Además de la obra ya citada, escribió la *Demostracion de las leyes*, la *Convicción en la jurisprudencia*, y la historia de Saladino.

Como historiador de Saladino compete con él el secretario de Estado Omadeddin. Al principio fué, lo mismo que Behaeddin, doctor schafítico de la ley, en la *medresé* Nisamiget en Bagdad; luego Melik Aadil le dió á conocer primero á su padre Ayub y despues á Saladino. En la introducción á su historia de Saladino, titulada *Rayo de Siria*, refiere cómo fué presentado. Nombrado secretario por el grande atabey Noradino, á cuyo servicio estaban los emires de la Casa de Ayub, fué enviado á Bagdad en calidad de embajador, y á su vuelta á Damasco obtuvo la *medresé* que indica su nombre; al año siguiente se le nombró individuo del divan, empleo que conservó durante el reinado de Noradino. Muerto este, marchó á Mosul, y allí enfermó de gravedad, dirigiéndose cuando se sintió bueno á Damasco, donde le habia precedido Saladino: Felicitó al sultan por la conquista de Ims, y se quedó á su servicio como secretario de Estado. Además de la historia de Saladino, merece citarse la grande autología de los poetas contemporáneos, titulada *Perla grande del palacio*, y *Manual del tiempo*, continuación de la *Estadua del palacio* de Bachersi, como esta lo es de la *Única perla del mundo* de Sialebi, y esta del *Excelente*, primera auto-

logía del astrónomo Aron ben-Alí, y quinta de las célebres autologías de poetas árabes del islamismo, que se sucedieron una á otra en orden cronológico; forma diez volúmenes, y siete la historia de Saladino. Escribió Oldémes la historia de Jerusalén con el título de *Apertura de los folios en la historia de Jerusalén*; una continuación de la historia de Semaani, que lo es á su vez de la grande historia de Ibn Catib de Bagdad; una historia de los Selyúcidas, y finalmente una pequeña colección de poesías.

Si merecen con preferencia el epíteto de historias aquellos siglos que abundan en hechos dignos de pasar á la posteridad, tal calificación conviene á la época de Saladino, no solo por ser de la mayor importancia para el Oriente y el Occidente á causa de las Cruzadas, sino también porque no le faltan historiadores. Sin hablar de los Europeos contemporáneos, nos ceñiremos á dar á conocer á los lectores las cuatro columnas de la historia, es decir, los ya nombrados Behaeddin y Omadeddin, y dos no ménos grandes, Ibn Asakir é Ibn Amaret. Ibn Asakir, de Damasco, cuyo apellido significa *Estabilidad de la religion*, uno de los primeros historiadores y schafíticos doctores de su tiempo, hizo sus estudios en Bagdad, y los perfeccionó viajando á Nidyabur, Herat, Ispahan, y al país montañoso del Irak. Escribió la historia de su patria en ochenta volúmenes, segun el método seguido por Ibnol Catib en su historia de Bagdad, reuniendo tanta materia histórica que cuesta trabajo creer, como dice Ibn Callikian, pudiese abarcarla la vida de un hombre. Saladino mostró cuánto le apreciaba, asistiendo á sus funerales. Este ejemplo de honrar el talento científico hasta en el sepulcro, dado por los soberanos orientales á los de Occidente, fué imitado por muchos sultanes de los Turcos, y recientemente por Mahmud en el entierro de su sabio médico Behdyet. Saladino quiso tal vez de ese modo reparar la culpa de haber hecho ajusticiar dos años antes al historiador y poeta Ibn Amaret. Esta ejecución era á la verdad mas excusable que la del filósofo Surverdi, pues Ibn Amaret se habia puesto al frente de los descontentos del Cáiro, conjurados para precipitar del trono á la familia de Ayub, pero fué, sin embargo, gran pérdida para la ciencia, por ser Amaret autor de dos excelentes historias árabes, esto es, de las *Noticias del Yemen* y de las *Anécdotas de los visires egipcios*, que han suministrado á Abulfeda, como lo confiesa él mismo, la mayor parte de la materia para su historia del Yemen y el Egipto. Es también autor de famosas láudas y elegías sobre la familia de Alí, á la que queria proporcionar el trono de Egipto, y una de ellas se lee en la historia de Abulfeda. Antes del visirato de Schaver existia estrecha amistad entre Amaret y Kiamil, hijo de Schaver. Cuando, bajo el último califa fatimita, Schaver obtuvo el cargo de visir, Amaret le dirigió una cávida, de la cual Ibn Callikian recogió algunos versos ro-

bustos. Después cantó en alabanza de Saladino y de toda su familia, dedicándole otra cávida particular donde describió su estado, y tiene por título: *Lamento de los oprimidos y dolencias del contristado*. En seguida compadeció á los señores del palacio del califa por la pérdida de su poder, en una larga poesía sin la letra L, y entró con ellos en una conjuración que les costó la vida á todos.

En cambio Saladino protegió á los literatos y poetas que no conspiraron contra el Estado: señaló á Ibn Dehan, astrónomo, legista y poeta, una pensión mensual de treinta zequíes, é hizo erigir para él una tribuna en Damasco. Además de las efemérides astronómicas, escribió Ibn Dehan una obra sobre las divisiones de una herencia, otra sobre las singularidades de la tradición, en diez volúmenes, el libro de la polémica y muchas poesías. Saladino era sobre todo favorable á los médicos, que le determinaron á fundar el hospital que inmortalizó su memoria en el Cáiro, y de cuyos servicios necesitaba. Distinguía especialmente á Abolmomin Gillasi, sea por sus conocimientos oculistas, sea porque le cantó en muchas cávidas. Ebn Osaibidye nos ha conservado la que Gillasi dirigió á Saladino cuando los Cruzados sitiaron á Acca, titulada *Lazo de las joyas*. Dejó diez divanes, cada uno de los cuales lleva un título particular, y escribió además en prosa *El encomiástico* y el *Jardín de los monumentos y de las obras gloriosas* en loor de Melik el-Nasir Salaheddin; y luego el *Amuleto de la medicina y las cualidades de los remedios compuestos*. También apreciaba mucho Saladino al médico Ibn Matran, aunque cristiano. Hijo de un metropolitano, había hecho sus estudios bajo la dirección del médico Ibn el-Telmissa, esto es, hijo del intérprete, hombre bien educado, de buena conversación y amigo de vestir con elegancia. Por su crédito con Saladino reunió grandes riquezas, y le gustaba ostentar en toda régia magnificencia. Saladino, cuya tienda se diferenciaba de las demás del ejército por ser roja, vió una vez al rey recorrer á caballo el campamento, otra tienda roja, y oyendo decir que era de Ibn Matran, mandó derribarla. Matran, irritado, no se presentó en dos días ante el

sultán, que luego le dió en cambio una gran suma. Otra vez Matran se encolerizó en presencia de Saladino por envidia ó por celos, pues este había regalado al médico Ebulferex, también cristiano, telas y muebles que valían treinta mil dirhem para el ajuar de su hija, y Saladino, notándolo, mandó apreciar el ajuar, y entregar la correspondiente suma á Matran. Este empleaba sus riquezas principalmente en libros, y á su muerte se le hallaron diez mil volúmenes, además de los que hizo copiar por sí. Escribió gran número de disertaciones médicas en folletos, y llevaba siempre un par de ellos en la manga, aun cuando iba á la corte, probablemente para no perder el tiempo en la antecámara. La venta de sus libros importó tres mil dirhem, y compró la mayor parte el jeque Ben Amar, que después los vendió en un dirhem cada uno á los apasionados. Pero el médico más ilustre de la época de Saladino era Movaffikeddin Abdollatif, conocido en Europa por sus *Memorias del Egipto*, una de sus cien obras, cuyos títulos citó Ebn Osaibidye en la *Biografía de los médicos*.

Concluirémos con una observación sobre la predilección de Saladino por el viernes, día en que obtuvo sus mayores triunfos militares. Cuando recibió en un viernes la noticia de la victoria alcanzada en la fuente de Goliat, llamada Tubania por los Cruzados, la consideró pronóstico feliz de otra mayor. En viernes ganó la batalla de Huttin; en viernes (la noche en que los musulmanes celebran la ascensión de Mahoma) recibió las llaves de Jerusalén; en viernes obtuvo con obstinado combate la victoria en el bosque de Arsuf, y en viernes alcanzó sus más notables triunfos. Este día, pues, le pareció más propicio que ninguno para las empresas del islam, como declarado festivo por el Profeta para la reunión de los fieles; al revés de los Cristianos, que miran el viernes como día infausto, porque en él murió el Salvador. Y si Rodolfo de Habsburgo prefería los viernes para dar sus batallas, no es inverosímil que la heroica gloria y el ejemplo del más insigne soberano del siglo precedente fueran las causas que le indujeran á separarse de la preocupación cristiana.

NUM. XVIII

SAN LUIS DE FRANCIA.

(1215-1270).

Los Bárbaros, viniendo del Norte, se establecieron en el antiguo imperio romano, divididos en bandas, cada una de las cuales obedecía al jefe que la había guiado en la empresa. Para que el éxito de esta fuese más seguro, eligieron un general, un *konig*, que los vencidos tradujeron á su lengua *rex*; pero, aunque le obedecían durante la expedición, no se creían dichos jefes obligados á lo mismo después de ajustada la paz. Así sus esfuerzos se encaminaron continuamente á fraccionar el territorio conquistado, y á permanecer cada uno con autoridad absoluta en esas porciones, confundiendo el poder político con la propiedad territorial, de modo que las extremidades prevalecieron sobre el centro, y el dominio de los Bárbaros á la unidad suprema.

El ejemplo de la centralización romana retardó este fraccionamiento de la autoridad real, y Carlo Magno, con fuerte espada y altas miras, atrajo por algún tiempo á sus manos la unidad y trató de reconquistarla sobre respetables bases. Episodio insigne y que, semejante al reinado de Napoleón, detuvo algo el curso de las cosas, pero no impidió que volviese á seguir su antigua marcha en cuanto él faltó. Bajo el mando de los Carlovingios, débiles aun más en fuerza de los accidentes que por carácter, trataron aquellas generaciones vigorosas de convertir en hereditaria la propiedad territorial y con ella la autoridad soberana, importándoles poco la grandeza de una patria que no era la suya. Ni la adhesión militar al rey elevado sobre el escudo, ni la pompa imperial resucitada, resistieron á los jefes territoriales y militares, y á medida que se borraban los recuerdos de las selvas germánicas y de la magnificencia de Carlo Magno, la aristocracia territorial prevalecía. Y como toda idea nueva quiere un hombre nuevo, la estirpe de Carlo Magno no tardó en ser reemplazada en Francia por otra, cuya exaltación al trono fué resultado y garantía del triunfo de los feudatarios.

Los primeros sucesores del duque de Francia, á quien sus pares ciñeron la corona, dejaron sin oposición fraccionarse la monarquía, tanto que la ruina de esta parecía consumada, y sin embargo, de en medio de aquella confusión surgió una unidad más poderosa y mejor organizada que la de Carlo Magno.

En Inglaterra, donde la monarquía se había establecido desde la conquista, manteniéndose por la necesidad de una continua defensa, todas las tentativas de las facciones y los cálculos de la ambición de los príncipes se dirigían á formar la constitución política y garantizarla. En Francia, por el contrario, la monarquía asociada con los obispos y con las clases emancipadas, procuraba constituir la unidad territorial y monárquica, con detrimento del poder de los barones; esfuerzo que fué después el símbolo de todas las revoluciones, sacrificándose siempre las cuestiones orgánicas á cuestiones nacionales.

El reinado de Luis IX es el punto en que se encuentran la monarquía moderna naciente y el declinante feudalismo, equilibrándose por un momento las dos opuestas fuerzas, cuya ondulación constituye la historia de tanta parte de Europa. El resultado de la lucha, entonces más que nunca agitada, era dudosísimo; pero nadie hubiera creído que venciese el elemento monárquico, y mucho menos en Francia, dividida en tantas soberanías, diferentes en intereses dinásticos, en origen, lengua y costumbres, y separada por el Loira en dos naciones verdaderamente extrañas entre sí, y que pronto, en la guerra de los albigenses, se retaron á muerte. Las provincias meridionales y los más ricos feudos dependían de la corona de Inglaterra, con motivo de haber sido llamada á aquel trono la casa de Anjou; las leyes y tradiciones romanas continuaban en el Mediodía; en el Norte el elemento germánico y el derecho sálico; las invasiones normandas habían colocado á las puertas de la capital extranjeros emprendidos.